



«Tramas astutas, estilo de seda...
Archer juega al gato y al ratón con el lector».

The New York Times

Jeffrey
Archer
Por
encima
de mi
cadáver

HarperCollins
Thriller

—Señor, ¿usted es detective?

William miró al joven que acababa de hacerle la pregunta.

—No, soy el subdirector del Banco Midland de Shoreham, Kent.

—En ese caso —continuó el joven, que no parecía muy convencido—, podrá usted decirme qué tipo de cambio daba esta mañana el mercado de divisas entre el dólar y la libra.

William intentó recordar cuántos dólares había recibido la víspera al cambiar cien libras justo antes de subirse al barco, pero tardó demasiado.

—Un dólar con cincuenta y cuatro centavos la libra —dijo el joven antes de que pudiera responder—. Bueno, y disculpe la pregunta, señor, ¿por qué no quiere reconocer que es detective?

William dejó el libro sobre la mesa que tenía delante y miró con más detenimiento al serio joven americano, que parecía empeñado en que no se le tomase por un chiquillo, aunque todavía no había empezado a afeitarse. Lo primero que le vino a la cabeza fue «niño pijo».

—¿Sabes guardar un secreto? —susurró.

—Sí, claro —dijo el joven con tono ofendido.

—Entonces, siéntate —dijo William, señalando la cómoda silla que tenía delante. Esperó a que el joven se acomodase—. Estoy de vacaciones y le prometí a mi mujer que durante los próximos diez

días no le iba a contar a nadie que soy detective, porque siempre que lo digo me cae un chorro de preguntas que me chafa las vacaciones.

—Pero ¿por qué ha elegido la profesión de banquero como tapadera? —preguntó el joven—. Me da la impresión de que no sabría distinguir entre una hoja de cálculo y una hoja de balance...

—Mi mujer y yo le dimos muchas vueltas antes de decidirnos por lo del banquero. Me crié en Shoreham, una pequeña ciudad de Inglaterra, en los años sesenta, y el gerente del banco de la zona era amigo de mi padre. Así que pensé que, para un par de semanas, podría servirme.

—¿Qué otras posibilidades barajaron?

—Agente inmobiliario, vendedor de coches y director de funeraria. Estábamos bastante seguros de que ninguna de ellas daría pie a una ristra interminable de preguntas.

El joven se rio.

—¿Qué profesión habrías elegido tú? —preguntó William, intentando recuperar la iniciativa.

—Sicario. Así nadie me habría incordiado con más preguntitas.

—Yo habría sabido al instante que se trataba de una tapadera —dijo William, moviendo la mano con aire desdeñoso—, porque un sicario no me habría preguntado si soy detective. Ya lo sabría. Bueno, ¿y a qué te dedicas en realidad cuando no eres un sicario?

—Estoy terminando mis estudios en Choate, un colegio privado de Connecticut.

—¿Y sabes lo que quieres hacer después? Suponiendo que no sigas deseando ser un sicario, claro.

—Voy a estudiar Historia en Harvard, y luego haré Derecho.

—Y seguro que después te incorporarás a algún bufete famoso y en menos que canta un gallo te harán socio minoritario.

—No, señor, quiero ser agente de la ley. Seré redactor de la *Law Review* de Harvard durante un año y después me incorporaré al FBI.

—Parece que tienes tu carrera profesional muy bien trazada, para ser tan joven.

El muchacho frunció el ceño, claramente ofendido, de manera que William se apresuró a añadir:

—A tu edad, yo era como tú. A los ocho años ya sabía que quería ser detective y terminar en Scotland Yard.

—¿Tan tarde?

William sonrió al espabilado muchacho, que sin duda entendía el significado de la palabra «precoz» sin darse cuenta de que también se le podía aplicar a él. Pero William se dijo que él había padecido el mismo problema cuando era un colegial. Se inclinó hacia delante, le tendió la mano y dijo:

—Inspector jefe William Warwick.

—James Buchanan —respondió el joven, estrechando con firmeza la mano de William—. ¿Me permite que le pregunte cómo ha llegado tan alto en el escalafón? Porque si en los años sesenta era un colegial, no puede tener más de...

—¿Por qué estás tan seguro de que te ofrecerán una plaza en Harvard? —preguntó William, intentando eludir la pregunta—. Tú no puedes tener más de...

—Diecisiete años —dijo James—. Soy el primero de mi curso con una media de 9,6, y estoy seguro de que me va a ir bien en los exámenes de acceso a la universidad. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Acierto si digo que consiguió entrar en Scotland Yard, inspector?

—Sí —contestó William, que, aunque estaba acostumbrado a que le interrogasen letrados y no adolescentes, estaba disfrutando del encuentro—. Pero con lo listo que eres, ¿por qué no has pensado en ser abogado, o en meterte en política?

—Hay demasiados abogados en Estados Unidos —dijo James, encogiéndose de hombros—, y la mayoría acaban de picapleitos.

—¿Y qué me dices de la política?

—No sirvo para soportar de buena gana a imbéciles, y no quiero pasar el resto de mis días a merced del electorado ni que mis opiniones vengan dictadas por grupos focales.

—Mientras que si acabaras de director del FBI...

—Sería dueño de mí mismo. Solo tendría que rendir cuentas al presidente, y ni siquiera le tendría siempre al corriente de lo que estuviera tramando.

William se rio de las palabras del joven, que a todas luces no sufría de baja autoestima.

—Y usted, señor —dijo James con voz más relajada—, ¿está destinado a convertirse en el jefe de la Policía Metropolitana de Londres?

William titubeó de nuevo.

—Porque está claro que lo considera una posibilidad —continuó James, y, sin darle tiempo a responder, añadió—: ¿Puedo hacerle otra pregunta?

—No se me ocurre qué podría impedírtelo.

—A su juicio, ¿qué cualidades son las más importantes para ser un detective de primera categoría?

William se lo pensó un rato antes de responder.

—Una curiosidad natural —dijo al fin—. Así detectarás inmediatamente cuándo hay algo que no termina de encajar.

James se sacó un bolígrafo de un bolsillo interior y empezó a anotar las palabras de William al dorso del *Alden Daily News*.

—También has de ser capaz de hacer preguntas relevantes a sospechosos, testigos y colegas. No dar nada por sentado. Y, sobre todo, ser paciente. Este es el motivo por el que a menudo las mujeres puede que sean mejores policías que los hombres. Por último, tienes que ser capaz de utilizar todos tus sentidos: vista, oído, tacto, olfato y gusto.

—No sé si entiendo bien a qué se refiere...

—Seguro que es la primera vez que no entiendes algo —dijo William, arrepintiéndose de sus palabras nada más pronunciarlas, aunque el joven se rio por primera vez—. Cierra los ojos —continuó, y esperó unos instantes antes de decir—: Descríbeme.

El joven se lo tomó con calma antes de responder:

—Tiene treinta años, como mucho treinta y cinco, y mide un poco más de metro ochenta; rubio, ojos azules, unos setenta y

cinco kilos, en forma pero no tanto como antes, y hace tiempo sufrió una grave lesión en el hombro.

—¿Qué te hace pensar que ya no estoy tan en forma como antes? —dijo William, poniéndose a la defensiva.

—Le sobran dos o tres kilos, y, teniendo en cuenta que es el primer día de travesía, no puede echarle la culpa a las interminables comidas que sirven a bordo de los barcos.

William frunció el ceño.

—¿Y la lesión?

—Los dos botones de arriba de su camisa están desabrochados, y cuando se inclinó para darme la mano me fijé en la cicatriz desdibujada que tiene justo debajo del hombro izquierdo.

William, como en tantas otras ocasiones, se acordó de su mentor, el agente de policía Fred Yates, que le había salvado la vida a costa de sacrificar la suya. El trabajo policial no siempre era tan romántico como daban a entender algunos escritores. Pasó rápidamente a la siguiente pregunta.

—¿Qué libro estoy leyendo?

—*La colina de Watership*, de Richard Adams. Y, antes de que me lo pregunte, va por la página ciento cuarenta y tres.

—Y mi ropa, ¿qué te dice?

—Reconozco que no acabo de tenerlo claro. Tendría que hacerle unas cuantas preguntas sutiles para encontrar una respuesta, y eso solo si me dijera usted la verdad.

—Supongamos que soy un delincuente que se niega a responder a tus preguntas antes de hacer una llamada a su representante legal.

James vaciló un momento.

—Eso, en sí mismo, sería una pista.

—¿Por qué?

—Sugiere que ya ha tenido problemas con la ley, y, si se sabe de memoria el teléfono de su abogado, entonces ya no hay ninguna duda.

—Vale. Supongamos que no tengo un abogado, pero que he visto los suficientes programas de televisión como para saber que

no estoy obligado a responder a ninguna de sus preguntas. ¿A qué conclusión has conseguido llegar sin hacerme ninguna pregunta?

—No viste ropa cara, probablemente sea *prêt-à-porter*, y sin embargo viaja usted en primera clase.

—¿Y qué deduces de eso?

—Lleva una alianza, así que a lo mejor tiene una mujer rica. O puede que le hayan asignado una misión especial.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo William—. Ahí es donde termina la observación y comienza la labor de investigación. Pero no está mal.

El joven abrió los ojos y sonrió.

—Ahora me toca a mí, señor. Por favor, cierre los ojos.

William pareció sorprendido, pero siguió con el juego.

—Describame.

—Inteligente, desenvuelto y, a la vez, inseguro.

—¿Inseguro?

—Puede que seas el primero de la clase, pero sigues queriendo impresionar a toda costa.

—¿Cómo voy vestido?

—Camisa blanca de algodón, seguramente de Brooks Brothers. Pantalón corto azul marino, calcetines blancos de algodón y deportivas Puma, aunque te pasas poco por el gimnasio, si es que te pasas.

—¿Cómo está tan seguro?

—Me fijé cuando venías hacia mí en que caminabas con los pies abiertos. Si fueras un atleta, estarían en línea recta. Si no me crees, echa un vistazo a las huellas que deja un corredor olímpico sobre una pista de ceniza.

—¿Alguna marca característica?

—Justo debajo de la oreja izquierda tienes una pequeña marca de nacimiento que intentas ocultar dejándote el pelo largo, aunque tendrás que cortártelo cuando te incorpores al FBI.

—Describe el cuadro que hay detrás de mí.

—Una foto en blanco y negro de este barco, el *Alden*, zarpan-
do de la bahía de Nueva York el 23 de mayo de 1977. Lo acom-
pañía una flotilla, lo cual hace pensar que era la travesía inaugural.

—¿Por qué se llama *Alden*?

—Eso no pone a prueba mis capacidades de observación, sino mis
conocimientos. Si me hiciera falta saber la respuesta a esta pregunta,
siempre podría enterarme más adelante. Las primeras impresiones
suelen ser engañosas, así que no des nada por supuesto. Pero si tuvie-
ra que adivinar, y un detective no debería hacerlo, diría que, tenien-
do en cuenta que este barco pertenece a la compañía naviera Pilgrim,
Alden era el nombre de uno de los primeros colonos que zarparon de
Plymouth en el *Mayflower* con rumbo a América en 1620.

—¿Cuánto mido?

—Eres un par de centímetros más bajo que yo, pero acabarás
siendo un par de centímetros más alto. Pesas unos sesenta y tres
kilos, y acabas de empezar a afeitarte.

—¿Cuánta gente ha pasado por nuestro lado desde que ha ce-
rrado los ojos?

—Una madre con dos hijos, uno de ellos un niño llamado
Bobby, americanos, y un momento después uno de los oficiales
del barco.

—¿Cómo sabe que era un oficial?

—Se ha cruzado con un marinero de cubierta que le ha llama-
do «señor». También ha pasado un anciano caballero.

—¿Cómo ha sabido que era viejo?

—Usaba bastón, y el sonido de los golpecitos tardó un rato en
desvanecerse.

—Debo de estar medio ciego —dijo James a la vez que William
abría los ojos.

—Ni mucho menos —dijo William—. Ahora me toca a mí
hacerle unas preguntas al sospechoso.

James se irguió de golpe con expresión concentrada.

—Un buen detective debería fiarse siempre de los hechos y no
dar nunca nada por sentado. De manera que lo primero que tengo

que averiguar es si Fraser Buchanan, el presidente de la naviera Pilgrim, es tu abuelo.

—Sí, lo es. Y mi padre, Angus, es el vicepresidente.

—Fraser, Angus y James. Ascendencia escocesa, ¿no?

James asintió con la cabeza.

—Seguro que los dos dan por hecho que con el paso del tiempo tú serás el presidente.

—Ya he dejado bien claro que eso no va a pasar —dijo James sin pestañear.

—Por todo lo que he leído y oído sobre tu abuelo, está acostumbrado a salirse con la suya.

—Cierto —respondió James—. Pero a veces olvida que venimos de la misma cepa —añadió con una sonrisita.

—Yo tenía el mismo problema con mi padre —admitió William—. Es abogado criminalista, Consejero de la Reina, y siempre dio por hecho que me iría con él al despacho del juez y después ingresaría en el colegio de abogados, a pesar de que le vengo diciendo desde una edad muy temprana que yo lo que quiero es meter entre rejas a los delincuentes, no cobrar unos honorarios exorbitantes por evitar que vayan a la cárcel. Pero no has respondido a mi pregunta: ¿qué piensa tu abuelo de que no quieras ser presidente de la compañía?

—Mi abuelo, me temo, es peor que el padre de usted —dijo James—. Ya me está amenazando con borrar me de su testamento si no me incorporo a la compañía cuando salga de Harvard. Pero mientras viva mi abuela, no se lo consentirá.

William se rio por lo bajo.

—¿Le parecería un abuso, señor, que le pida que me permita pasar con usted una hora o así al día durante la travesía? —preguntó James, sin hacer gala de la confianza en sí mismo de antes.

—Será un placer. Por mí, lo mejor sería por la mañana, más o menos a esta hora, porque es cuando mi mujer está en clase de yoga. Pero con una condición: si llegas a conocerla, no le contarás nada de lo que hemos estado hablando.

—¿Y de qué habéis estado hablando? —preguntó Beth, apareciendo de repente.

James se levantó de un salto.

—Del precio del oro, señora Warwick —dijo con expresión sincera.

—Pues no habrás tardado en descubrir que es un tema del que mi marido sabe bien poco —dijo Beth, dedicando una cálida sonrisa al joven.

—Estaba a punto de decirte, James, que mi mujer es mucho más inteligente que yo, lo cual explica que ella sea conservadora de cuadros en el museo Fitzmolean y yo un simple inspector jefe.

—El más joven de la historia de la Policía Metropolitana —dijo Beth.

—Aunque si alguna vez te refieres al cuerpo de policía de Londres como el «Met», mi mujer dará por supuesto que estás hablando de uno de los mejores museos del mundo...

—Me alegró mucho que consiguieran recuperar el Vermeer —dijo James, dirigiéndose a la señora Warwick.

Esta vez fue Beth la que pareció sorprendida.

—Sí —dijo tras unos instantes de vacilación—, y afortunadamente no puede ser robado de nuevo porque el ladrón está muerto.

—Miles Faulkner —dijo James—, que murió en Suiza de un ataque al corazón.

William y Beth cruzaron una mirada pero guardaron silencio.

—Y usted, inspector, incluso asistió al funeral, cabe suponer que para convencerse de que, en efecto, estaba muerto.

—¿Cómo es posible que lo sepas? —dijo William, de nuevo a la defensiva.

—Cada semana leo *The Spectator* y el *New Statesman* para mantenerme al día de todo lo que pasa en Gran Bretaña, y luego intento formarme mi propia opinión.

—Y vaya si lo haces —dijo William.

—Estoy deseando volver a verle mañana, señor —dijo James—. Me interesa saber si cree usted posible que Miles Faulkner siga vivo.

Si quieres disfrutar del resto de la historia, puedes comprar el libro haciendo [clic aquí](#).